

LA AZUCENA

REVISTA QUINCENAL

 BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,
Y ESPECIALMENTE
AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
Calle del Cristo, Nº 1.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetre.

Esta revista da las gracias á la Administracion Económica, por haber favorecido á su Director con un ejemplar de la Estadística del Comercio exterior de esta Provincia, correspondiente al año próximo pasado. Estima como es debido, semejante atencion y tan importante documento.

Muchos suscritores de "La Azucena" que á su vez son abonados al teatro, suplican por nuestro conducto al Sr. Valero, la representacion de Ricardo Darlinton y Luis Onceno, que constituyen dos de sus admirables creaciones en la escena española. Nos asociamos con sumo gusto á esta peticion que deseáramos ver atendida. En cuanto al género cómico, ¿habrá olvidado el antiguo Director del Teatro Español, que el Don Eleuterio de la "Comedia nueva" constituye uno de los principales lauros de su corona artística? ¡Cuánto agradecería á este público, la ocasion de aplaudirle en aquel clásico papel!

CARTA DE JULIA A GRACIELA.

Puerto-Rico 26 de Octubre de 1,874.

Queridísima amiga: Isaura ha escrito por las dos, y tócame ahora hablarte por ella y por mí.

Ella te refería las impresiones que esta Ciudad le ha producido, y no dirás ciertamente que en sus pinturas, que se propone continuar, ha habido exageracion.

Á mi vez ¿qué habré de contarte, cuando nada ocurre que pueda ocupar las páginas de nuestra amistosa correspondencia?

En estos días, como habrás sabido por los papeles públicos, tenemos muy concurrido el teatro á causa de las representaciones que está dando aquí Valero, el gran decano de nuestros actores, lo que es una verdadera novedad, dada la justísima nombradía de que goza.

La compañía que dirige y que contiene á la Cayron excelente actriz, sobre todo en el género cómico, y á otros actores recomendables; me parece, como dirían los italianos, muy discreta.

Se estrenó con *Un drama nuevo*, obra de Tamayo, que conoces, por lo menos, de lectura. En ella se ve

la produccion de lo que se llama entre los actores, un *hijo del teatro*, pues no ignoras que los padres del autor fueron artistas dramáticos. Como de tal hijo del teatro, inteligentísimo por cierto, la mencionada obra, como todas las suyas, es rica en efectos escénicos, hasta el punto de que resulte alguna exhuberancia que los lleva á perjudicarse mutuamente.

De semejante rigidez en el diseño de la obra, de tan constante uso de los tonos fuertes ó, como diría nuestro maestro de dibujo, de colores *calientes*, viene á resultar que el artista observador, echa de menos aquellos tonos blandos y suaves que, en ingeniosa combinacion con los fuertes, ofrezcan, pues esta sería la verdadera armonía del colorido, el dulce y sereno reposo, aquella variedad de emociones que el espíritu fatigado necesita para que el goce artístico sea completo; por que sabido es, que los contrastes armónicos constituyen el secreto de la belleza.

Esto, ni es pedir al drama escenas festivas ó cómicas, como alguno podría entender al oír hablar de variedad, ni es decir, que la obra deje de encerrar bellezas muy envidiables. Hablo de tonos y no de géneros; que en lo serio, bien se está lo serio; y por eso me disgusta que el autor ponga en caricatura al pobre poeta, autor del drama que va á estrenarse, cuando ni se trata de un Don Eleuterio como el de la *Comedia nueva* de Moratin, ni deja de ser natural y respetable el sentimiento y hasta la desesperacion del poeta que, por una lucha doméstica de cuyo móvil no está al cabo, ve casi por tierra su obra y su soñado porvenir.

El poeta tratado en serio, en nada perjudicaba el interés del cuadro; antes bien habríale prestado mayor gravedad aun y por lo tanto mayor interés dramático.

Digo, me parece á mí. No ignoras que las mujeres no sabemos mas que lo que oímos decir.

Tambien influye en lo que dije al principio acerca de la exhuberancia de efectos, que el autor, conociendo sin duda la nerviosa *motomanía* de que adolecen actualmente nuestros públicos, y sin caer en lo que se llama efectos de pura sensacion por que tiene mucho talento ó es muy poeta; prodiga en su drama lo que algunos apellidan viveza, movimiento escénico, y otros, que no faltarían, aglomeracion, abuso de los efectos.

En mi humilde concepto, el autor Tamayo tiene alma de actor, conoce de sobra nuestro modo de ver y de hacer en el teatro, y podría decirse que escribe sobre la escena y ejecutando: esto me parece que explica lo que acabo de decir.

Por lo demás, *Un drama nuevo* pertenece al género bueno, á mi corto entender: y yo en lugar de Alicia, para que fuese mejor, me habria tragado aquella carta, pues tiempo habia para ello; aunque solo fuese con la doble mira de dejar burlado á aquel nuevo Yago tan infame como el de Shakespeare, de que me parece ingeniosa imitacion, y al autor que, poniendo entonces en juego su fecunda inventiva, habria tenido que imaginar otro resorte para llevar á término la accion. A propósito de estas dos últimas palabras: este incidente de la carta, como lo trata el autor, deja comprender, ó suponer por lo menos, al espectador mali-

cioso, que la obra fué escrita para el final y no el final para la obra. Si esto es así, como algunos han imaginado, bastante ingeniosamente disimulado está, en mi concepto, en todo el curso del drama; y á no ser por el mencionado incidente de la carta, algo flojillo en mi sentir, no se advertiría en manera alguna semejante propósito.

Me he extendido acerca de este drama de Tama-yo, por que me gusta, y creo que todas sus obras merecen mucha estimacion. Yo le creo el mejor de nuestros dramaturgos del día; fuera del autor de *El Trovador* y del nunca tan ensalzado como debiera, Hartzenbusch, que tan bien han sabido mezclar la fuerza con la suavidad, el brío con la ternura, la fantasía con el sentimiento: difícil combinacion de que resulta el grande encanto en las obras del Arte.

Esto, salvo mis faldas, por que no debes olvidar que habla una pobrecita mujer y en el seno de la amistad. Rompe pues esta carta para que no la pille el Duendecillo consabido.

Por segunda funcion, se ha puesto en escena *El Patriarca del Turia*, comedia sentimental ó llorosa, como algunos preceptistas dieron en llamar á esta clase de obras, que, frizando con el drama, tienen escenas cómicas y desenlace feliz.

En esta obra llevó á la escena el malogrado Egulaz á Juan de Timoneda, uno de los creadores del teatro entre nosotros.

A mi ver, esta comedia es reproduccion de *La Vaquera de la Finojosa* de Egulaz tambien, así como ambas parecen dignas aunque libres imitaciones de *García del Castañar*, la perla de nuestro Rojas.

La situacion final del 2º acto no puede ser mas idéntica en ambas obras, y tanto en el *Patriarca* como en la *Vaquera*, se introduce la figura de algun célebre poeta contemporáneo. En la una, Jorge Manrique; en la otra Lope de Vega; y en ambas son casi innecesarios á la marcha de la obra. Siquiera en la segunda de las citadas, *La Vaquera*, nos recuerda Manrique sus inmortales coplas; pero por desgracia en el *Patriarca*, puede decirse que el fénix Lope no ha venido á otra cosa allí que á oír una disertacion sobre la creacion de nuestro teatro, en cuyo diálogo habia de ocupar forzosamente, dada la gradacion artistica, el segundo término. Esto no deja de ser, en mi modesta opinion, algo desairado para tal celebridad, llamada á ocupar en un cuadro, ante otra menor, el primer término ó ninguno.

Las escenas entre la nieta de Timoneda y su amante, mas que amorosas, me parecen puros discretos de dama y galan, tolerables allá en nuestro antiguo teatro, porque tal era el gusto ó el contagio de entonces; impropios, artisticamente hablando, para reproducidos hoy.

Creo que el lirismo del corazon es aceptable, más aun, el corazon es lírico en la enfiacion de sus pasiones, sobre todo en la del amor; pero el lirismo de cancionero, el que nace puramente de la fantasía, no me cuadra en la escena. Se me antojaban los dos amantes, dos poetas decidores que se pusieran en certámen ó pujilato de versos, mas bien que dos enamorados: hablaba demasiado la cabeza, para aceptar que del corazon emanasen tales diálogos. En esto no puedo menos de recordar con el buen Molière, que

*Ce n'est pas ainsi que
parle la nature*

¿Quieres saber cómo habla la natura? Pregúntalo á tu corazon en presencia de aquel Enrique consabido. Picarilla! ¿Te pones toda pudibunda?—Vas á decir, que es mucho diablillo esta Julia con sus indirectas!

¡Pero que sabor de la época, en esta obra de Egulaz! ¡Qué pensamientos tan felices, qué elevacion la mayor parte de las veces, y sobre todo ¡que viejecito tan propio, tan deliciosamente bueno nos hizo Valero!

Después se han puesto en escena *Honrar padre y madre*, *El músico de la murga* y la *Comedianta famosa*. Esta última es la Baltazara, la rival de la Calderona, histrionisa de los tiempos de Felipe IV y de los poetas de Buen Retiro. He leído otro drama que con el título de *La Baltazara*, se representó en Madrid allá por los años de 51 ó 52, obra de Gil y Zárate y algun otro poeta, no recuerdo si Hartzenbusch; pero las dos primeras obras *Un drama nuevo* y el *Patriarca del Turia* son las que mas me han gustado, apesar de las observaciones que te trasmito, en nombre

de Isaura, que opina lo mismo compartiendo mis impresiones teatrales, y en el de esta tu invariable y afectuosa

JULIA.

P. D. Para esta noche está anunciada una comedia nueva aquí, bajo el título de *El grano de trigo*. De todas iré hablándote con el debido esmero. La Compañía me va gustando en general, y ya mencionaré detalladamente.

El galán joven Amato, me parece de mérito.

Ya te hablaré con mas espacio de la Cayron, quien, como del nuestro, sería muy de tu agrado.

Está anunciada *La campana de la Almudaina*, obra á que ha dado fama el talento de Valero,

Vale.

A P.... T....

MADRIGAL.

Allá, en mi infantil edad,
lleno de curiosidad
yo recuerdo, que, inocente,
miré del sol frente á frente
un día la claridad.

Los ojos aparté luego,
y en torno no vieron nada
á no ser rasgos de fuego;
y era, que la luz radiaba;
un rato me dejó ciego.

Ayer, tus ojos miré:
no pude su luz sufrir....
¿son soles? yo no lo sé;
lo que te puedo decir
es, que al mirarlos ¡cegué!

ANTONIO HERNANDEZ PEREZ.

EL LOCO Y LA NOVIA.

(BALADA.)

“En un viejo manicomio
un loco encerrado estaba,
cuya locura incurable
consistía ¡cosa extraña!
en no impresionarse nunca,
ni hablar nunca una palabra.
Viajero aislado en el mundo,
sin recuerdos ni esperanzas,
y rondador pavoroso
de las selvas encantadas,
era su vida un misterio
en que nadie penetraba.
Solo se supo que el día
anterior al que notaran
trastornado su cerebro
y ausente del cuerpo el alma,
cruzando en la noche el bosque
de la luna á la luz pálida,
vestida de blanco, y suelta
la áurea melena á la espalda,
vió pasar á una mujer
gentil, vaporosa y diáfana;
la vió pasar y alejarse:
después.... no se supo nada.

Y dentro de una jaula, en sus rodillas
apoyados los codos, y la barba
en sus rígidos puños, mira inmóvil
pasar aquellos días que no pasan.

Pensóse en la conveniencia
de ofrecerle sin tardanza
espectáculos diversos
que conmovieran su alma.
Una corrida de toros
al momento se prepara.

Se visten ya de toreros
los locos, y el que se encarga
de hacer el papel de toro
la cornamenta se planta:
sale y embiste con furia:
los diestros cruzan su cara
con capas verdes y rojas,
que hechas girones las sacan:
los picadores al suelo
caen, al ponerle sus varas,
y el que ántes era caballo
sobre el jinete se lanza;
lo cubren de banderillas:
después le dan muerte airada
cien estoques, se echa en tierra,
y frenéticos lo arrastran,
y corren gritan y rien
con tan horrible algazara,
que, á no serlo, se diría
que todos locos estaban.

Y el que ocupa la jaula, en sus rodillas
apoyados los codos y la barba
en sus rígidos puños, ve impasible
como entró el torbellino, que se marcha.

Al ver que no le hace efecto
aquella fiesta animada
una de luto le ofrecen:
se pone un entierro en marcha.
Diez locos llevan en hombros
un negro ataúd sin tapa
donde está el muerto acostado
con cruces, cintas y bandas.
Detrás va el cura, barriendo,
al compás de grave danza,
con su ancha capa pluvial,
el suelo por donde pasa;
y abierto un libro en sus manos
en el que lee con voz alta
y triste: *Locura vite
cordura mortis acbat.*
Tras él sigue paso á paso
largo cortejo con hachas
encendidas y humeantes;
unos lloran, y otros cantan:
*Sepulchris, ab ossibus
mortis monadentes labrant.*
Y cruzan tornan y giran
cual procesion de fantasmas.

Y el que ocupa la jaula, en sus rodillas
apoyados los codos, y la barba
en sus rígidos puños, ve tranquilo
el cortejo y el féretro que avanzan.

Entonces otro espectáculo
mas divertido le fraguan:
una sesion en las Cortes.
Los diputados de gala
penetran, y el presidente
la sesion abre á su entrada.
Un diputado presenta
un proyecto en letra árabe,
en que pide se declare
loca, y loca rematada,
á la Política y tenga
un manicomio por Cámara.
Otro orador lo combate:
dice que allí sin jactancia,
no hay mas loco que su autor,
éste con voz alterada
pide se escriban sus frases.
Grandes rumores se alzan:
aquí injurian, allí aplauden;
unos rien, otros cantan.
El presidente irritado
en vano al orden los llama,

y al ver que nada consigue,
con la voz ronca declara
ya bastante discutido
el punto de que se trata:
levántase la sesion,
y tras él todos se marchan.

Y el que ocupa la jaula, en sus rodillas
apoyados los codos, y la barba
en sus rígidos puños, ve insensible
que el tropel sale y que el rumor se apaga.

Viendo que tales escenas
á conmoerlo no alcanzan,
se organiza un casamiento.
Vistoso altar se levanta:
ponen vírgenes de trapo,
velas, cortinas y lámparas.
La concurrencia se apiña
y la hora suprema aguarda.
Con grave paso entra el cura,
tras él los novios avanzan:
ella vestida de blanco,
él de una tela muy rara.
Entonces como saeta
el loco que está en la jaula
clavó la vista, y la mano
pasó por su frente helada.
El cura dice á la novia:
¿— Aceptais de buena gana
á este jóven por esposo? —
— ¡Sí! — dijo, vuelta la cara
al loco, y al par se dieron
un beso con sus miradas.
Después se dirige al novio:
— Y vos aceptais con gana
á esta jóven por esposa?
Hubo un momento de pausa.

— ¡Sí! — contestó una voz honda y terrible
que salió, con el loco, de su jaula:
Se abraza con la loca y ámbos mueren
¡porque ya no les queda que hablar nada!

G. BELMONTE MULLER.

29 Agosto 1874.

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE GOETHE.

La poesia tiene mas prestigio en el origen de los
tiempos bárbaros ó poco civilizados, y tambien en los
momentos de un cambio de cultura ó en el de la apa-
ricion de una civilizacion extranjerá; pudiendo de-
cirse que hace mayor su efecto el atractivo de la no-
vedad.

Algunos dudan, de si al examinar las obras artís-
ticas, es ó no acertado el sistema de comparacion. El
inteligente consumado debe comparar, por que vien-
do clara la parte ideal calcula lo que puede y lo que
debe realizarse; pero el mero aficionado, que está to-
davía educándose, aprovechará mas, no comparando
y estudiando con separacion cada cosa de las que tie-
nen mérito, pues así se forma poco á poco el senti-
miento y el gusto de lo bello en general. El ignoran-
te halla en la comparacion un recurso cómodo para
aborrarse el trabajo de juzgar.

La mayor ventaja que sacamos de la historia es el
entusiasmo que produce en nosotros.

La originalidad incita á la originalidad.

Hay muchos que quieren decir cosas ingeniosas y
no han recibido el don de expresarlas: de donde resul-
tan tantas extravagancias como se dan al público.

La imaginacion no tiene mas guía que las artes,

y principalmente la poesía. No hay cosa mas peligrosa que la imaginación sin buen gusto.

Lo amanerado es un ideal incompleto, el ideal en el estado subjetivo; y así es que raras veces está des- tituido de talento.

El fin del poeta es la representación. Esta es perfecta cuando compete con la realidad; es decir, cuando en sus pinturas se ve el genio, de manera que haga creer en la presencia de los objetos. La poesía, en su mas alto grado de elevación, es enteramente exterior; cuando se concentra en lo interior del alma, puede decirse que declina. Si representa las ideas, sin darles cuerpo, ó sin dejar adivinar que hay un cuerpo bajo cada idea, decae ya tanto, que se confunde con la idea común.

La elocuencia tiene todas las ventajas y derechos de la poesía, y se aprovecha y abusa de ellos para conseguir en la vida social ciertas ventajas exteriores, momentáneas, morales unas veces é inmorales otras.

Lo que constituye propiamente el mérito de los cantos populares, es el estar sacados sus motivos directamente de la naturaleza. El poeta culto, si fuese hábil, debiera aprovecharse de esta ventaja; pero los cantos populares conservarán siempre la superioridad de saber ser mas concisos que los hombres cultos.

Shakspeare es un autor peligroso para los principiantes, porque le reproducen involuntariamente, y creen que se reproducen á sí mismos.

Parece que algunos libros se han escrito, no con el objeto de aprender, sino con el de hacer ver lo instruido que es el autor.

El que no sabe lenguas extranjeras, poco debe entender de la suya.

Las palabras francesas no se derivan del latin escrito sino del latin hablado.

Los poetas de la naturaleza, como solemos llamarlos, son hombres de talento, lisonjeados por una época nueva, y á quienes ha despreciado otra anterior en que dominaba el arte, el exceso de cultura, el *statu quo* y el amaneramiento.

Vemos hoy muchas obras que son nulas y no son malas; nulas porque lo son en el fondo, y no malas porque sus autores han tenido presentes buenos modelos.

La poesía lírica debe ser muy ordenada en el todo, y algo desordenada en las partes.

La novela es una epopeya *subjetiva*, en que el autor nos pide licencia para tratar al mundo á su manera; toda la cuestión se reduce á saber si tiene alguna manera; lo demas, ello lo dirá.

Porque todos hablamos, nos creemos todos capaces de hablar sobre la palabra.

Pedía uno parecer á Timon sobre la educación de sus hijos: "Enséñales, le dijo, lo que no han de comprender nunca."

Shakspeare es fecundo en trozos admirables, producidos por ideas personificadas que en nosotros no parecerían bien y que en él están en su lugar, porque en su tiempo reinaba la alegoría en las artes.

El halla sus comparaciones donde nosotros no buscamos las nuestras, en los libros, por ejemplo. Aunque hacia ya mas de cien años que se había inventado la imprenta, se consideraban todavía los libros como cosa sagrada, segun podemos colegirlo de las encuadernaciones de aquella época; para el célebre poeta eran objeto de afecto y veneración; pero

nosotros nos contentamos con cubrirlos, y no tenemos el menor respeto ni á la encuadernación de un libro ni á su contenido.

La superstición es la poesía de la vida, de manera que á un poeta le conviene ser supersticioso.

No procureis ni evitar la crítica ni defenderos de ella; arrostradla resueltamente, que ella irá cediendo poco á poco.

En el teatro, perjudica mucho á la reflexión el placer de ver y oír.

Lo absurdo expresado con buen gusto, infunde á un mismo tiempo repugnancia y admiración.

El que es capaz de sentir las creaciones de la poesía y de la escultura, se cree al ver los monumentos de la antigüedad, transportado á un estado de naturaleza agradablemente ideal; y aún hoy tienen los cantos de Homero bastante poder para aliviarnos, al menos por algunos instantes, del enorme peso que ha acumulado sobre nosotros la tradición de tanto miles de años.

El villano y el caballero poseen igualmente el talento poético; la cuestión se reduce solo á hacerse cada uno cargo de su posición y á tratar de ella segun conviene.

JUICIO EMITIDO POR GOETHE

SOBRE SCHILLER EN UNA DE SUS OBRAS.

"Todo en la persona de Schiller era noble y enérgico; únicamente era dulce su mirada, y su talento se parecía á su físico. Aunque dominaba admirablemente el asunto de sus composiciones, examinándole con atención y mostrándole bajo todos sus aspectos, no lo consideraba, por decirlo así, sino bajo su punto de vista exterior: jamás penetraba en él ni lo desenvolvía regularmente. De ahí que sus obras dejen siempre algo que desear. Además, segun puede observarse en sus dramas, los caracteres de sus personajes no son sostenidos; se reproducen algunas veces, y no siempre están motivadas sus acciones. Pero esta circunstancia no impide que las creaciones de Schiller sean muy propias para la escena, al revés de mis obras dramáticas, en las que estando encadenados los hechos con toda escrupulosidad, son poco á propósito para producir efecto en el teatro.

A pesar de todo, el talento de Schiller se ha mostrado cada vez mas grande. Colóquense por orden cronológico sus obras teatrales, y se verá que de una en una va aumentando en mérito é importancia. Además de esto, notárase tambien que desde que escribió "*Los bandidos*," conservó cierta predisposición á poner la crueldad en escena, tendencia de que no pudo desprenderse en el resto de sus obras.

Y no solamente era en el teatro donde adelantaba Schiller con los años, sino en todo lo demas: cada vez que tenía ocasión de verle, me parecía un hombre mas perfecto, mas sabio, de un talento mas vigoroso. Sus cartas son el mas bello recuerdo que de él conservo, y pueden figurar entre sus mejores producciones: la última, sobre todo, es para mí una reliquia.

Era un *ser magnífico*, que conservó hasta los últimos instantes de su vida toda la plenitud de su genio. La conciencia de su saber lo tenía sujeto, como un esclavo siempre pronto á obedecerle, así es que, habiéndole asignado el gran duque de Weimar una pensión de mil escudos, y doble cantidad en el caso de que enfermase, el altivo poeta rehusó esta oferta, diciendo: "Con el talento que Dios me ha dado, debo bastarme á mí mismo."

Habiendo aumentado su familia, y teniendo necesariamente Schiller que proveer á su subsistencia, vióse obligado á escribir dos tragedias cada año. Para poder llenar tan ruda tarea, trabajaba día y noche, aun estando enfermo, y esta fatiga, minando lentamente su existencia, le llevó á la tumba."

A ORILLAS DEL RHIN.

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Dedicada á uno de mis mejores y mas queridos amigos.

(Continuación.)

Alguna necesitaba en la aventurada escursión que se proponía.

Antonfó llevó el equipaje á la posada. Llenáronse al punto las formalidades requeridas, y para no haber de aguardar á la salida de otro vapor, con igual destino, lo que no acontece allí sino entre días; resolvió Miguel partir por los caminos de hierro. Empezó pues la marcha con su fiel Antonio en el tren correo de aquel día, con dirección al Norte. Aquel inteligente y leal servidor era lo mas oportuno para quien viajaba preocupado con la imagen, que cual polo magnético le atraía. — ¿Qué habría sido del equipaje, en las paradas y alojamientos? ¿Qué de las alforjas sin aquel Sancho previsor? ¿Qué de las horas de partida sin aquel exacto reloj, sin aquel indispensable Antonio, que velaba por quien, si no dormido, iba por lo menos soñando?

III.

Cruzó pues la Península, y despues de infructuosa parada en la Capital de la antigua Provenza, llegó á Bruselas. Una vez ya en las orillas del Rhin, paróse á buscar con mayor esmero que hasta entónces, á la Teresa que le llevaba allí.

Su propósito era el de recorrer aquel famoso cáuce, desde el Zuiderzée donde se vierte casi por entero, hasta las cumbres Helvéticas en donde tiene origen; sin dejar de recorrer, si era preciso, los brazos en que se dividen ó esparcen sus copiosas linfas: visitar las ruidosas cataratas en que aquellas se convierten en perlas y vaporesas brumas que esmalta el iris: en una palabra: no omitir paso, ni darse por vencido, hasta encontrar de nuevo aquella dulce vision, que había cruzado ante sus ojos como suavísimo rayo de ventura.

Y si por acaso no daba con ella en las ciudades, interrogaría á cualquiera de las magas que moran en las orillas de un río tan coronado de historias y leyendas: por si su amada se había convertido allí en ondina, abismarse tras ella cual otro Walter tras la famosa *Lure-lei*.

Gante, Lieja, Aix la querida ciudad de Carlo Magno, Colonia, la de la hermosa y no acabada catedral que segun la leyenda, debió su plano al Diablo á costa del alma del arquitecto; Maguncia, la que la imprenta hizo famosa; Constanza, en que ardió la hoguera de Juan de Huss, y tanta ciudad célebre que moja sus piés en el gran río: Johannisberg é Ingelheim que mantienen el renombre de sus vinos: las pintorescas ruinas de que aquellas orillas están pobladas y que embellece la fantasía con sus poéticas historias; recibieron la visita de Lasvosol. Anduvo de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y de *chateau en chateau*, toda aquella comarca: remontó las aguas del río en todo lo que de él es navegable, en los vapores consagrados allí á esto: cruzólas en barca con diferentes rumbos, ya abandonado á la corriente á riesgo de estrellarse contra las rocas y recodos en que abunda el río, ya visitando la mayor parte de las preciosas islas que se elevan en su cáuce. Preguntó en vano uno y otro día y por todas partes, ora al viajero, ora al labrador, al castellano y al batelero, en albergues y hosterías, en muelles y escritorios, por aquella familia Koerner, apellido que todo el mundo conocía; y mas de un estudiante ó turista alemán hubo de mostrarle, sacándole de su mochila, *La lira y la espada*, libro del poeta de aquel nombre, muerto en guerra nacional; pero nadie le daba razon de la familia del mismo apellido que tan afanosamente buscaba. Y como el alma del

hombre, aun el mas ilustrado, cuando ama, tiene niñerías que solo el amor sabe apreciar, veláse forzado nuestro amigo á invocar la reflexion, como medio de conformarse, con que todos no conociesen al padre de su celestial Teresa, y que una criatura como aquella, pudiese vagar por el mundo sin llenarlo de resplandores.

IV.

Desalentado y triste andaba Lasvosol, al ver que habían sido infructuosas sus tentativas para dar con su buscada Teresa, cuando por fin y para contento suyo, paseándose una tarde por entre unas ruinas de las que, segun acabamos de indicar, embellecen aquellas orillas testificando allí el paso de Roma y de las posteriores edades góticas; oyó, como si fuese el eco de las mencionadas ruinas, una armonía que hubo de sorprenderle y que le atrajo como al navegante la voz de la sirena. Eran los ecos de un piano, y aquellas notas, que poco á poco pudo percibir mejor y le pusieron á punto de enloquecer, eran las de un wals: las de un querido é inolvidable wals.

No acertaba á moverse por temor de interrumpir aquellos dulcísimos sonos. . . . Por fin la mano que los producía dejó de tocar. Salió él de entre las ruinas, y junto á ellas, casi como su reedificacion en parte, vió una hermosa quinta ó *chateau*, que sin duda era de los pocos que se habían ocultado á sus pesquisas.

En una ventana casi cubierta de floridas enredaderas, y que daba al jardín que servía de vestíbulo y entrada á la casa, de donde debieron salir los sonos del wals, estaba una jóven y. oh! pasmo celestial! era Teresa!

Al ver á Miguel, hizo ella como ademan de retirarse; pero al cabo quedose allí: había tal vez reconocido al que rondaba. ¿Cómo habrían de huir uno de otro si querían sin duda decirse tantas cosas?

Decidióse nuestro amigo á penetrar en la casa, y Teresa, la rosa pálida como la llamaba aquél, sonrosada un tanto de rubor ó de alegría quizá, le presentó á su madre.

Lasvosol tenía toda la apariencia de lo que era: de un caballero, y la Sra. de Koerner le acogió con afable cortesía.

Acaso imaginó en aquel turista, que se presentaba allí como extraviado en su escursión, cierto sospechoso encogimiento que, revelando lo que el corazón pretendía ocultar, traicionaba la apariencia: el instinto materno es demasiado penetrante, para que la buena Sra. dejase de adivinar que por allí andaba el amor, aunque velado todavía.

Señora, — dijo Miguel, no es esta la vez primera. . . . En Cádiz al embarcarse ustedes para Marsella.

Y la Sra. de Koerner dirigiéndose á su hija, exclamó: Vamos, este caballero.

Palabras y reticencias que encerraban un poema de revelaciones.

Oh! — pensó Miguel con alegría suma — han hablado de mí! Reflexion grata que tradujo diciendo: Si Señora, soy el mismo.

Palabras que á su vez querían expresar: — “Teresa, si en las orillas de ese río has pensado en mí; yo he soñado contigo y he venido buscándote por todas partes.”

Mencionó Lasvosol su nombre, su país, la posicion de su familia: citó personas respetables de Cádiz, de ámbas partes conocidas, referencias como diría un comerciante inglés, tan sólidas y recomendables, que la Sra. de Koerner no tuvo el menor inconveniente en admitir su trato y compañía, con todas las consecuencias legítimas que de ámbas cosas pudieran ocasionarse.

Ausente á la sazón el padre de Teresa, estaba para regresar próximamente de otros puntos de Alemania adonde le llamaron sus negocios; y mientras tanto nuestro amigo, que se había hospedado en una posada no distante de la quinta de Koerner, menudeaba sus visitas á ésta, bien recibido en aquel hogar que

hallaba tan grato, y en el que soñaba con entrar algún día como parte integrante del mismo.

Teresa, sobrina del famoso poeta que hemos ya mencionado, no era indigna del nombre que *La lira y la espada* de aquél habían ilustrado, y por lo tanto unía á su belleza como mujer, otro mérito más estimable aún: el de la inteligencia cultivada. Lo esmerado de su educación, la elevación de sus sentimientos, las inapreciables dotes de su alma, hacíanla adorable á los ojos de Lasvosol, quien, aun cuando no hubiese exagerado tan seductoras prondas al contemplarlas bajo el prisma aumentativo del amor, habría sabido estimarlas debidamente.

Instruida Teresa, como se instruye hoy á las mujeres de su clase en ciertos países, no era extraña su mente al conocimiento de la historia, de las ciencias, ni de las letras; y el bello adorno de la Estética que poseía científicamente, como educada en Alemania, y como parte de una familia con quien el Arte y su síntesis la Poesía no andaban reñidas; ántes bien todo lo contrario; era artista de corazón y de entendimiento.

Ni la eran tampoco desconocidas las principales lenguas de la moderna Europa; así es que, tanto su biblioteca como su conversacion, ofrecían material suficiente á sus conferencias con Lasvosol, amante de todas estas cosas; si ya no hubiese sido sobrado hechizo para entrambos, el amor de que se sospechaban dichas víctimas.

Petrarca y Metastasio, Lamartine y Espronceda, Byron y Schiller solían hacer el gasto en tan dulces pasatiempos, segun que interpretaban mas ó menos el estado vago á par que anheloso de sus corazones.

En cuanto al piano, solía comenzarse por la serenata de Schubert, en gracia de su amorosa letra; y bien podía girarse luego al traves de los mundos armónicos de ayer y hoy, y aun perderse en la fantástica música que se ha dado en llamar del porvenir; en todo caso, ya por un lado, ya por otro, venían á parar en lo que quizá no podría decir nada á los músicos; pero que á sus corazones decía tanto: *Aux bords du Rhin je pense á toi*: coro angélico para sus almas.

Mas, como todavía no se articulaba otro lenguaje que el de los ojos y el de las indirectas, para lo cual solían servir, hablando por ellos, los poetas y músicos citados; faltaba que las palabras viniesen á fijar toda aquella dulce electricidad acopiada en sus corazones, á la manera que la letra fija el sentido del canto, ó que la luz del día va precisando los contornos, que la noche diseña imperfectamente con la vaguedad de las sombras. Y aunque el corazón no sepa dictar siempre á la palabra lo que siente; al cabo iba siendo indispensable determinar con ella lo que se hacía ya forzoso definir: era pues necesario que Lasvosol y Teresa se dijese, lo que, mas temprano ó mas tarde, acaban por decirse todos los amantes; pero que nunca por antiguo será anticuado.

V.

Es la hora en que el ruiseñor comienza á entonar con mas entusiasmo sus cantares, saludando al rey de nuestro sistema planetario, que envuelto en su manto de púrpura y oro, se abisma en occidente, y en que las flores diurnas comienzan tambien á cerrar sus corolas para entregarse al sueño. La blanda brisa de la noche mueve de vez en cuando las hojas ya casi adormecidas; en tanto que el insomne rumor de las aguas corrientes resuena mas monótono al parecer, como si quisiera arrullar al Sueño, que va esparciéndose por donde quiera envuelto en su sábana de sombras: hora melancólica y dulce que convida con el reposo al fatigado, y á los amantes con el amor.

Crepúsculo suave en que la luz no lastima y en que la sombra no entristece: plácido y encantador hiemeco del día que tiende sus brazos á la noche.

En una de las deliciosas islas que el Rhin forma en su cauce, existe una casa rústica rodeada de un jardín, que por lo bello, recuerda los de la maga Armida.

Allí han ido Miguel y Teresa en son de paseo aquella tarde, en compañía de la madre y hermanita de la segunda.

Los dos jóvenes sentados á orillas del rio, contemplan pensativos aquella corriente que se va, como la vida del hombre feliz, por entre flores. Las opuestas orillas con sus quintas y jardines, las praderas y viñedos, las poéticas ruinas que el musgo y la yedra escogen por morada contribuyendo á embellecerlas, el despejado cielo de estío cobijando estos encantos: de vez en cuando alguna barquilla que se deja llevar por la hinchada lona, algun vapor que sube el rio cargado de paseantes y cuya humosa cabellera se pierde en los aires; todo esto convida á creer, que el paraíso de nuestros primeros padres dejó sus ruinas en los humanos corazones, y que cuando estos son dichosos, renace en ellos, reverdecíendose aquellas flores que secó el dolor y aquellas delicias que ahuyentó el mal. ¡Si tan bello renacimiento no fuese momentáneo!

MIGUEL. ¡Y creer que tantas bellezas físicas y humanas hayan sido creadas para un día! ¿No es verdad, Teresa, que siendo la vida tan corta, no valdría la pena de haberla dado tan bellos momentos ni tan arrobadoras esperanzas?

TERESA. Y sin embargo, pregúntesele al que sufre, y dirá que la encuentra demasiado larga.

MIGUEL. Pero si siempre fuese como ahora!

TERESA. La perspectiva de la muerte sería horrible sin la esperanza de renacer; y la vida, sin otra posterior, sería una burla cruel, indigna del mas justo de los seres. Por eso creo que la vida es lo permanente, y que el morir no es otra cosa que una leve interrupción, ó mejor dicho, una ilusión como la que nos lleva á creer que ese sol muere, cuando lo que hace es ausentarse de nosotros por algunas horas.

MIGUEL. Así lo creo: en cuyo caso la muerte no viene á ser para el hombre sino un punto de reposo ó de exámen de conciencia, quizá ocasion de premio ó de castigo. Oh! es muy dulce imaginar que el ser es lo natural, y que aunque el no ser le sea idéntico, la vida es lo permanente, lo universal, lo positivo y lo absoluto.

TERESA. Me parece que ciertas almas ganan con semejante interrupción, porque dejando en este mundo lo que éste las ha prestado temporalmente, se llevan lo que se ha identincado con ellas, para sobrevivir con su inmortal esencia, personificadas con la misma. Yo casi me atrevería á asegurar que he vivido ántes, y que mi alma conserva recuerdos de la vida anterior, como habrá de conservarlas de ésta en otra futura.

MIGUEL. Yo diré más: creo que la he conocido á U. en otra parte, en otra existencia. ¿Cómo, si no, explicarme lo que siento al ver á U., lo que sentí al verla por primera vez?

Ambos callaron y bajaron los ojos como pensativos, ó como si habiendo dicho mucho, temieran llegar á decirse demasiado.

Así terminaba una disertación, que á no haber estado tan impregnada del sentimiento que les animaba, habríase podido juzgar por alguna alma fría, como un tanto pedantesca. Pero no eran los que hablaban dos seres vulgares, y aunque hubiese sido así, con otra forma cualquiera, se habría disertado sobre el mismo punto: porque como el amor no está llamado á vivir de lo finito, va siempre á buscar esferas superiores, y aun con frecuencia, y sin pretenderlo, va á parar á Dios. De tomar el rumbo opuesto, iría á parar al Diablo, si bien es cierto que aquel sentimiento entónces llevaría ó debería tomar otro nombre.

El rostro de Teresa se puso más pálido aun que de costumbre; pero era la palidez de la felicidad que se iba con su vida al corazón.

Lasvosol contemplaba aquellos ojos, fijos en la flor que ella maquinalmente deshojaba.

MIGUEL. Pobrecita flor! ¿Qué mal ha hecho esa rosa para ser así tratada? Ella copia ese semblante en la bella palidez de sus hojas, y vuelve á U. los

perfumes que la da.... Válgame Dios! tanto admirar la belleza para destruirla de ese modo!

TERESA. Tiene U. razon; aunque rechazo el paralelo.

MIGUEL. Al rechazarlo, lo fortalece U.; puesto que la modestia aumenta la semejanza.

TERESA. Hablemos de otra cosa ¿no es mejor?

MIGUEL. Como U. guste; pero esta conversacion era tan grata!

TERESA. Pronto partirá U., regresará á su América.

MIGUEL. De U. pende que Europa sea mi segunda patria ó que América sea aun mas hermosa ante mis ojos.

Cómo! balbuceó Teresa cual si no comprendiese.

MIGUEL. ¿La discrecion pidiendo explicaciones á lo evidente?— Vuestro padre debe llegar de un dia á otro ¿quiere U. que le repita mis palabras, para ver si las explica á quien no quiere comprenderlas? Mas breve aun ¿quiere U. que lo pregunte á la buena mamá.

TERESA. Calle U. que ella se acerca.

Así era en efecto.

LA MADRE. La noche se aproxima y debemos regresar.

LA NIÑA. Qué lástima! ¡En tarde tan bella dejar tan presto estos lugares! ¿Que fugaz es lo que agrada! ¿No es cierto Sr. de Lasvosal?

MIGUEL. Así es, hija mia, porque ¿la vida qué sería si solo existiese la ventura? Nos llamariamos dichosos sin saber lo que decíamos; cuando el principal encanto de la felicidad, consiste en el temor de perderla.

LA NIÑA. Parece que es U. muy feliz en estos momentos, casi tanto como cuando oye U. aquel vals... Apropósito del mismo: sin duda fué escrito en estos lugares.

MIGUEL. Y juraría que el músico los veía como yo: con un paraíso en el corazón.

TERESA. Nuestro amigo no habrá dejado de sufrir en el mundo, y por eso habla de la felicidad con tanto entusiasmo.

MIGUEL. Ciertamente, y espero que nunca más volveré á juzgarme desgraciado.

TERESA. ¿Lo cree U. así?

MIGUEL. Alimento esta esperanza.

La última palabra fué pronunciada, mas que como afirmacion, como pregunta. Teresa se estremeció, y no de terror indudablemente.

—Vamos, que la barca nos espera— dijo la madre, y saltó en ella con la niña, ayudadas ámbas por la mano de Miguel, quien fué enseguida y anheloso á prestar igual auxilio á Teresa. Esta, que se había quedado atrás y era la última en embarcarse, murmuró casi al oído de Lasvosal recibiendo con la suya temblorosa la mano que este le tendía:

—Mi madre lo supone: pregúntelo U. á mi padre!

Fácil será de imaginar la alegría con que oyó nuestro amigo aquella declaracion, mas elocuente para él, que cuantas dulces expresiones pudiesen contener en sus eróticos cantares Petrarca y Metastasio, los dos cisnes del amor.

La barquilla se deslizaba sobre las ondas que comenzaba á platear la luna, y las aguas cortadas por la proa, parecían murmurar resbalando por los costados de la barca, ecos de amor, que el viento llevaba á los poéticos lugares que habían dejado, cual si fuesen el himno de dos corazones rgradecidos.

¿Cuan dulcemente se deslizaban por la senda de la vida, en aquellos fugitivos instantes, dos almas que el mas poético y arrobador de los afectos acababa de confundir en una sola!

Dulces miradas, breves palabras.... ¿Cuánta elocuencia, que dulcísima elocuencia en aquel silencio!

(Continuará.)

EL FANTASMA DEL PUENTE.

TRADICION CABO-ROJEÑA

POR SALVADOR BRAU.

(Continuacion.)

II.

Horas de intermision marcó el Destino
Al vuelo de la mente acalorada:
Verde oasis do alienta el peregrino
Para emprender de nuevo la jornada.

Horas en que el espíritu suspende
Su fatigoso impulso progresivo,
Y hacia el pasado, rápido desciende,
A la ansiedad buscando lenitivo.

Raudos surgen entonces, cual visiones,
De quiméricas formas ataviados,
Los recuerdos que yacen olvidados
De la frágil memoria en las prisiones.

Y ante la ensimismada fantasia,
Girando en tumultuosa concurrencia,
Del perdido placer y la alegría
Ofrecen la fugaz reminiscencia.

¿Por qué no le fué dado á la criatura
A la edad oponer audaz barrera,
Y tornar á esa efímera ventura,
Retrogradando en su mortal carrera?

¡Ah! ¿Puede acaso el rígido follaje
Que alfombra el suelo de la selva umbría,
Nueva pompa ostentar en el ramaje,
Su verdor recobrando y lozanía?

Perdidos en las olas de la vida,
Como náuticas en piélago inclemente,
Ansiando hallar la playa apetecida
Nos sorberá insaciable la corriente.

De sensacion indefinible presa,
Abismada en profundo arrobamiento,
Riendas dando al espíritu, TERESA
Libre dejaba errar su pensamiento.

Expresion melancólica velaba
De su pupila el brillo cristalino,
Y una lágrima muda resbalaba
Empañando su rostro peregrino.

Quizá esos goces de mejores dias
Pasados en tranquila venturanza,
Y sus horas de paz, sus armonías,
Divisaba suspensa en lontananza.

Y al contemplar tan delicioso encanto
Deshecho como nube en el vacío,
Del tierno corazón raudal de llanto
Brotaba cual benéfico rocío.

Vaga ilusion, imagen que el poeta
Forja y reviste de vital destello,
Puro ideal de mágica paleta,
Terrena encarnacion de arcángel bello;

Flor delicada que en el tibio Mayo,
Rebosando perfumes y colores,
Abre su seno al encendido rayo
Que ha de agostar sus vívidos primores

Tal fué TERESA. Para amar nacida,
No bastando á calmar su afán vehemente
Los suaves goces de apacible vida,
Rica en ensueños la ardorosa mente.

Escuchó las protestas insidiosas
De un hombre inicuo que abortó el infierno,
Y corriendo tras sombras mentirosas
Fugitiva dejó el hogar paterno.

Pero ¿cuan presto con violencia ruda
Deshizo la ilusion sino inhumano,
Mostrando solo realidad desnuda,
Convertido el amante en vil tirano!

No era aquel hombre, corazón de roca,
Capaz de concebir un amor puro,
Ni ama el menguado que bajeza evoca
Ávido de apagar ardor impuro.

Esa pasión oculta, arrobadora,
Que al corazón dilata y purifica,
Destello de la luz generadora
Que á la materia inerte vivifica,
No pudo á la maldad ser inspirada.

Para cubrir de duelo la inocencia :
Otra mision mas noble mas sagrada,
Le dictó del Creador la Omnipotencia.

TERESA, jóven, celestial criatura,
Unida al hombre que su fé burlara,
Por premio á su candor y su ternura
Solo torpes caricias encontrara.

Entónces, abrumada la existencia
Por el peso fatal de su mancilla,
Un torcedor sintiera en la conciencia
Agudo cual mortífera cuchilla.

* Era el recuerdo de su padre anciano,
Que tanto amor le prodigara y celo,
Abandonado con desden insano,
Sumido en la deshonra y desconsuelo.

¡ Su padre, cuya sombra venerable
Sin cesar á su vista aparecía,
De anatemas cubriendo á la culpable
Que así de oprobio su vejez cubría.

¡ Oh ! cuantas, cuantas veces desalada,
A impulsos de la fiebre y el delirio
Llamó á voces la Muerte despiadada
Que no acudió á calmar tan cruel martirio.

Porque al que gime en funeral desvelo,
Opreso el corazon por la amargura,
Ni aun le es dado alcanzar ese consuelo :
Brinda sobrada paz la sepultura.

Así cruzó sus años mas floridos
Sumida entre congojas la existencia,
Sin lograr de la suerte sus gemidos
Mitigar el rigor ni la inclemencia

Pero nada en el Orbe es inmutable
Y hasta al dolor opuso Dios barrera :
Creado el hombre de barro deleznable
Su esencia debió ser perecedera.

Un dia, de recuerdo bendecido,
Vió á Luis, gallardo, decidior mancebo,
Y su ser reanimose, conmovido
Por vigoroso sentimiento nuevo.

Era esa sensacion desconocida
Que brota de nuestra alma en lo profundo,
Y al nacer nos infunde nueva vida
Con su poder animador, fecundo.

Era ese amor que al corazon eleva
A rejiones de plácida ventura,
Y engrandece al mortal y le subleva
Contra los lazos de la tierra impura,

Cuya luz, cual antorcha bienhechora
Nueva senda á sus ojos descubría,
Y á su influjo, su frente seductora
Otra vez mas radiante aparecía.

Es condicion humana, misteriosa
Cual fatuo fuego que en la noche vaga,
Ora mecerse en gloria veleidosa
Ora sufrir del duelo la honda llaga ;

Y cuanto mas veloz mueve su rueda
Implacable el Destino caprichoso,
Atrás mas presto relegado queda
El pasado á un olvido desdeñoso.

Víctima ayer TERESA del quebranto
Hoy apenas le guarda en la memoria,
Y si á él vuelve los ojos con espanto
Le halla oculto tras máscara ilusoria,

Y en sueños inefables adormida
Fórjase un porvenir de bienandanza,
Y en el amor que marchitó su vida
Cifra incauta su gloria y su esperanza.

¡ Ah ! si en el horizonte, allá á lo lejos,
La vista del marino un punto halla,
Teme, porque ese punto, los reflejos
Puede empañar del sol si el noto estalla.

¡ Desgraciado de aquel que en su conciencia
Siente el peso de cruel remordimiento !
Podrá adormir la voz de su conciencia ;
Más ¡ guay si sopla el huracan violento !

Tan abismada seguía
TERESA en su arrobamiento,
Que en el oscuro aposento
No vió á un hombre aparecer :
Con mirada indagadora
Midió el intruso la estancia
Y salvando la distancia
Dejó su faz entrever.
En un semblante anguloso,

De innoble fealdad trasunto,
Mas repulsivo conjunto
Jamás artista pintó.

Y si es verdad que en los ojos
Su luz el alma retrata,
Aquella mirada ingrata
Alma de hiena mostró.

Volvió la vista TERESA,
Y al contemplarle, asustada,
— ¡ GAETANO ! dijo, asaltada
Por convulsivo temblor,
Como tímida gacela
Al hallarse de repente
Bajo la garra inclemente
De tigre devorador.

Vagó siniestra sonrisa
En los lábios de aquel hombre,
Y — ¡ Qué hay en mí que te asombre ?
Se apresuró á preguntar.

Despues con mortal sarcasmo
El susto al ver de TERESA,
Añadió : — ¡ Cuánta sorpresa
Llegó mi vista á causar !

No así, cual una azogada,
Tan trémula te veía
Aquel-olvidado dia
Que, en alas de tu pasion,

A tu padre abandonaste
En deplorable amargura,
Mientras sueños de ventura
Embargaban tu razon.

Entónces.... pero ¿ á qué viene
Recordar de aquellas horas
Las protestas mentidoras
Que dictó tu amor banal ?

Pasaron.... es cosa añeja
En vosotras las mujeres
Mudar vuestros pareceres
Con presteza sin igual.

Ya mi presencia te hastía,
Y sé que aborrecimiento
Es el solo sentimiento
Que infundir logro en tu sér ;

Pero un hombre de mi temple
Ni doblega sus deseos,
Ni se rinde á devaneos
De caprichosa mujer.

Y no olvide tu memoria,
Si esperanza te enagena,
Que nos une una cadena
Que nunca quebrar podrás.

Y ántes me trage la tierra
Que ceder yo la partida :
Podrás no ser mi querida,
Más siempre esclava serás.

Elevó al cielo TERESA
Melancólica mirada
Y con voz entrecortada
Estas frases pronunció.

— Si piedad os demandara,
El tiempo en vano perdiera,
Que el instinto de la fiera
Jamás compasion mostró.

Sé que mi falta es inmensa,
Pero aquel que se arrepiente
Hallará al cabo un Dios clemente
Que le conceda perdon.

Ante ese Dios os emplazo :
Él, del indefenso amigo,
Impondrá justo castigo
A vuestra inícuu traicion.

— Admito el emplazamiento
Que dicta tu desvario :
Ni temo tu desafío,
Ni de la suerte el revés ;

Y si el infierno existiera,
Ni á Satanás temería,
Que aún le sobra valentía
A GAETANO EL CALABRÉS.

(Continuará.)

Establecimiento tipográfico de Gonzalez.